

AGUSTÍN ANDREU, *El cristianismo metafísico de Antonio Machado*, Valencia, 2004, 320 pp., Pre-
textos y Univ. Politécnica de Valencia.

El doctor don Agustín Andreu Rodrigo ha ocupado la cátedra «Leibniz» del Aula «Atenea» de Humanidades en la Universidad Politécnica de Valencia y es miembro del Instituto de Filosofía del CSIC. Ha sido profesor en varias universidades y entre sus publicaciones cuenta con más de veinte libros, entre los que cabe destacar los dedicados a Loyola y Vives, Leibniz, Shaftesbury, Lessing, María Zambrano (*Cartas de La Pièce: correspondencia con Agustín Andreu*, 2002), *Sideraciones* (tres volúmenes, 2000-3) o el ahora reseñado sobre Antonio Machado; además ha publicado numerosos artículos sobre Metafísica y Teología, y ha traducido obras de Leibniz y J. Böhme. Su tesis doctoral versó sobre Clemente de Alejandría.

El título del libro que el profesor Andreu ha dedicado a Antonio Machado puede parecer extraño a quien conozca la obra del poeta sevillano sólo desde la perspectiva literaria, pero ésta no es la única lectura, ni la que ahora comentamos, la filosófica, es nueva. En efecto, la amplia bibliografía machadiana contiene estudios que se han ocupado del aspecto filosófico de sus textos entre los que cabe recordar los de José Luis Abellán (1974), José A. Balbontús (1975), Pedro Cerezo (1975), Juan David García Bacca (1967, 1975), Sánchez Barbudo (1974), Serrano de Haro (1992 y 2001), incluso algunos han enfocado su obra desde la perspectiva más específica de la metafísica, como los de A. F. Baker (1985), A. Delgado (1977), J. Enjuto (1975), J. M. González Ruiz (1975 y 1976) o José María Valverde (1949). Así pues, este libro no ofrece un análisis literario ni en lo formal ni en su estructura, sino un análisis de aquellas partes de la obra machadiana que hablan del hombre como individuo y como un ser que está constituido esencial y necesariamente con el otro, con los otros.

La interpretación cristiana que el poeta ha ido formando a lo largo de su vida y cuyas fuentes se van exponiendo en las distintas partes de este libro, aparecen desarrolladas en el verso fresco y sensible del poeta sevillano y en la prosa de los «maestros» Abel Sánchez y Juan de Mairena.

Por supuesto, el cristianismo de Antonio Machado no es el oficializado ni responde a las explicaciones dogmáticas de los Santos Padres ni se entretiene en elucubraciones interesadas, sino que es un cristianismo singular, más sentido y profundo, y que él consideraba un cristianismo más auténtico.

Sobre la base de una formación —entonces novedosa— en la Institución Libre de Enseñanza, con el complemento de unas lecturas «desordenadas» y la experiencia vital, Machado fue adquiriendo una concepción panenteísta de un «Cristo cercano al pueblo, sencillo y suficiente». A lo largo del libro Agustín Andreu comentará las ideas originales procedentes de Leibniz, Spinoza, Giordano Bruno, Aristóteles, Parménides, Heráclito, que fueron infiltrándose en su pensamiento y que fueron apareciendo en sus textos: «intento... colarme en el punto inicial de unas cuantas almas selectas y continuar en mí esos varios impulsos en un cauce común. Hacia una mirada ideal y lejana» (p. 19). Los planos del sentimiento y de la razón irían tejiendo su personal expresión poética y prosística sobre la que él entendía que era la experiencia de la vida, la experiencia del hombre, y que se recogerían en frases como: «el camino de sí mismo es el bueno», «fuera del propio sentir no hay que dar un paso», o «no hay que vivir de memoria». Mas esta parte constructiva de su pensamiento lleva el correspondiente complemento negativo que se concreta en la idea del error de la Modernidad, pues entiende que es el hombre moderno, el hombre de Occidente, el que anda equivocado y des-orientado, porque la Modernidad se ha construido con unas ideas desequilibradas e insuficientes que han derivado en solipsismo y egoísmo.

Dirá Machado y explicará Andreu que la referencia para poder salvarse el hombre de este caos moderno sigue siendo «El Cristo», con artículo determinado, que, siendo el mismo Cristo del Calvario, no es el mismo que presenta el Vaticano y las otras iglesias oficiales, sino que el Cristo es «visto», «mirado» y «contemplado» desde la serenidad y seguridad, desde la sobriedad y decisión de que Cristo vino a salvar al hombre, a «transformarlo» individual y socialmente.

La actitud crítica de Antonio Machado se revela de este modo no como la de un poeta más



que expresa su sentir o que explica sus pensamientos, sino como la de un hombre que comprueba que sus «principios» están contra la corriente dominante en las ideas que conforman la sociedad. Lo que llama la atención en esta actitud de Antonio Machado —analiza Andreu— es que el Cristo de su religión cristiana no es metáfora ni idea, sino una realidad auténtica, en la que cree profundamente, en la que ese Cristo, por ser profundamente humano, resulta divino, un Cristo cuya sustancia se manifiesta en la otredad, en el amor al otro, a lo otro, una sustancia donde no debe ni puede aparecer el solipsismo ni el egoísmo.

Agustín Andreu analizará mediante el comentario pausado y profundo, no exento de una común-uniión apasionante entre el poeta y el analista, los textos machadianos, fundamentalmente los del *Cancionero apócrifo* (1924-36), escritos de «Abel Martín», y los de *Juan de Mairena*, supuesto discípulo de «Abel Martín». Quién está detrás de estos nombres parece claro para Andreu, pues, al menos en el primer caso, se trataría de Francisco Giner de los Ríos, 1839-1915 (Abel Martín, «hermano Francisco»), cuyas raíces remontan a Julián Sanz del Río, 1814-1869, y, a través de éste, a Krause, 1781-1832 (pp. 25-6). Esas influencias arrancarían desde Leibniz (1646-1716), con la curiosa coincidencia de que en el krausismo español decimonónico y en el germanismo posterior de Ortega, es el mismo filósofo de Leipzig quien inspira sus respectivas tendencias filosóficas. Queda también recogida la influencia de Leibniz en Machado y su lectura segura de la traducción de Leibniz al español por Patricio de Azcárate (*Sibila* 13, febrero 2003: «El poeta Leibniz y el teólogo Machado»). Así se explicarían las numerosas frases de Machado en las que se hace eco de sus lecturas sobre metafísica: «que ha sido siempre mi pasión y mi vocación», «mis lecturas filosóficas, únicas en verdad que me apasionan». Igualmente, ideas que vinculadas con cierto panteísmo adquieren en Machado otra dimensión, panenteísta, y que son las que responden al concepto leibniziano de individuo y sustancia (mónada) y a la idea de que el Cristianismo ha de ser entendido como la alteridad del ser que se afirma en lo eterno y en lo intelectual.

Recordando el autor posteriores ideas de Ortega y de María Zambrano, pasando por Heidegger, va explicando la vida y lo poético con razones que carecen de los narcisismos del individuo, y proponiendo una convivencia y co-circunstancialidad, en la que la conciencia de sí mismo se produce en medio de lo otro, nunca en el aislamiento de uno mismo. El ser del hombre se encuentra buscándose a sí mismo en su prójimo, en su vecino. Ésta es la esencia machadiana de la fuerza sustancial con sus movimientos vitales, energéticos, que irán reflejándose en una realidad histórica excesivamente propensa a ser mal interpretada. Dibuja así Agustín Andreu una inesperada metafísica del Cristo, una metafísica cristiana, algo heterodoxa, pero profunda, sentida y radicalmente popular, hasta el extremo de afirmar que la unidad del ser es «cosa muy seria... digan lo que digan»; sólo una mirada, sólo una voz, sólo una presencia en la que todos y cada uno participamos: «Pensando que no veía porque Dios no lo miraba...», o bien, «La voz con que te llamo es tu voz...» o «Y tú, Señor, por quien todos vemos y que ves las almas...» (p. 39-40).

La figura femenina, de lo femenino, será expresión más acorde para comprender la presencia, la unidad sustancial de mirada y voz: «Por todas partes te busco sin encontrarte jamás, y en todas partes te encuentro sólo por irte a buscar» (p. 40). Las influencias del sufismo están claras en expresiones como «Dime si sabes, vieja amada, dime si son más las lágrimas que vierto» (íd.). Esta influencia se ha reconocido también en María Zambrano; habría que averiguar si Machado es la vía de acceso al conocimiento del sufismo o bien, éste le llegó por otras vías (Massignon; véase Moreno Sanz, *La razón en la sombra*, Madrid, 2004).

El análisis de los pasajes de los escritos señalados y las referencias a otros de *Galerías* o de *Apuntes inéditos* permiten a Andreu definir a Antonio Machado como un hombre penetrado de algunas ideas panenteístas (término debido a Lotze; pp. 25 y 230) y sobre esas premisas va desarrollando su pensamiento cristológico filial y fraternal del hombre-ser-sustancia. Su Metafísica se ha originado sobre la base de cuatro temas: a) la naturaleza de la sustancia (la unidad); b) la





sustancia es esencialmente energía permanente, y ésta es conciencia que tiende hacia lo otro (amor): «Dios revelado o desvelado, en el corazón del hombre, es una otredad muy otra, una otredad inmanente... Porque es allí, en el corazón del hombre, donde se toca y se padece otra otredad divina, donde Dios se revela al descubrirse, simplemente al mirarnos, como un *tú de todos*, objeto de comunión amorosa, que de ningún modo puede ser un *alter ego* —la superfluidad no es pensable como atributo divino—, sino un Tú que es Él» (p. 33); c) la energía sustancial excluye toda pasividad; y d) la sustancia es una sola (Spinoza), no es múltiple (contra Leibniz).

Con estas ideas previas su metafísica podrá defenderse del solipsismo y del absolutismo subjetivo y combatir poética y reflexivamente los errores del hombre moderno, aduciendo la doctrina de las objetivaciones, la fenomenología del amor, el ser del sujeto, la limitación del hombre, el escepticismo positivo y el re-nacer de la sustancia del hombre (pp. 49-115).

En la segunda parte tratará del absolutismo subjetivo desde Descartes y de cómo habrá que recuperar esa otredad a través de la fe y del drama del amor; cómo habrá de resistir los embates destructivos de las guerras y aspirar a entender «el sentido total de nuestra conducta». Recorrerá los pasos del hombre occidental desde Homero, cuando ya en la *Iliada* Occidente y Oriente se hostilizaban, y pasará por Parménides, Heráclito, por el alma de Sócrates (idea), por el amor del Cristo creador (corazón), y por algunos otros que a lo largo de la historia del hombre occidental han marcado su devenir. Aunque a muchos «iluminados» de las últimas décadas sorprenda, Machado no acepta las tesis hegelianas ni marxistas, pues explica Andreu que su «pensamiento central es un pensamiento... que no pasa por Hegel ni por Marx, en su intento de ofrecer un fundamento de la unidad de la vida y sus formas,

y de la historia» (p. 41), y en otro pasaje recoge la propia confesión del poeta sevillano cuando afirmaba que «yo no soy marxista... no soy comunista; no soy dialéctico materialista. No creo que sean decisivos el estómago y el hambre, y lo sé por experiencia» (p. 185, y más detalles en p. 294), o cuando concluye en 1922: «la gran revolución rusa está llamada al fracaso porque a Rusia le falta hoy una metafísica propia que tendría que ser cristológica o profunda en sentido fraterno [...] El ruso empieza donde el marxista acaba [...] Rusia no necesitaba esa ración de cinismo suicida que fue su marxismo» (p. 304).

En la tercera parte será eje central la idea de que «el Cristo es la clave de la unificación ulterior del Dios y el Universo», porque el Dios del amor se arriesgó a la nada, alumbrando de sí mismo, con su Hijo, a ese tipo de ser que es el hombre, ese tipo o modo de ser, no esa existencia. Por esta línea de reflexión la Metafísica trataría no «el ser», sino «el no-ser que padece el ser» y el «ser que se hace» (p. 199). Aparece así un Machado como «teólogo furtivo y cauteloso» (p. 201).

Estas y otras numerosas ideas (contrastes del Viejo y Nuevo Testamentos, adopcianismo, ebionitismo, monofisismo, nestorianismo, socianismo...), en cuya descripción y comentario no podemos entrar, son analizadas a lo largo del libro por el veterano profesor Andreu, quien ha logrado presentar a Antonio Machado como un cristiano heterodoxo, alejado de oficialismos y modas, que sentía y pensaba divinamente a Cristo por tratarlo en su condición humana.

Sin duda este libro aporta una novedosa lectura de Antonio Machado y orienta en los pensamientos de otros autores posteriores que recibieron su poética influencia, como son los casos de Ortega, Marañón o Zambrano (p. 159).

Luis Miguel PINO CAMPOS